

Cómplice

Anke de Vries



Marcelle descubre casualmente que su padre arrastra una existencia humillante porque, en su juventud, pasó nueve años en la cárcel: tuvo que expiar un homicidio que no cometió, pero del que se confesó autor para librarse de las torturas a que fue sometido durante los interrogatorios. La muchacha se rebela contra la vergonzante resignación con que su padre soporta las vejaciones inherentes a su condición de ex presidiario. Resuelta a rehabilitar el buen nombre de su padre y a devolverle su dignidad, Marcelle va al escenario del crimen. Allí se encuentra con una conjura de silencio, pero también con algunas personas dispuestas a contribuir al esclarecimiento de las circunstancias del trágico suceso.

Esta historia se desarrolla en Francia y es verdad parcialmente. Los acontecimientos reales fueron todavía más dramáticos. Lo que he hecho es sugerir una posible explicación al homicidio de un guardabosque. El auténtico asesino aún está en libertad.

1

—¿QUIERES que te acerquemos?

—No.

La respuesta de Marcelle sonó tajante. Se hallaba frente a sus padres en un pequeño cuarto de estar, con una maleta a los pies.

Tal negativa decepcionó a su madre, aunque ya se la esperaba. Le habría encantado que la reacción de Marcelle hubiera sido distinta.

—Debo marchar o perderé el tren.

Marcelle se inclinó para besar a su madre. Era una mujer menuda y esbelta; Marcelle pudo apreciar unos frágiles hombros bajo sus manos.

«Llegar a esto —reflexionaba su madre—, que hayamos llegado a esto.»

Ella anhelaba abrazar a Marcelle y estrecharla contra sí para expresarle su emoción y ternura; sin embargo, el comportamiento de su hija era demasiado reservado, demasiado distante. En realidad, no es que estuviese siendo rechazada, sino que cualquier intento de aproximación resultaría inútil.

En silencio, miraba a Marcelle que, al despedirse de su padre, se mostraba cauta y poco afectuosa incluso en este momento crucial. Aunque, ¿no era el tono de su voz un poco más alto que de costumbre?

—Escribiré.

Recogió su maleta y se dirigió hacia la puerta. Se volvió una vez más para mirar la habitación sencillamente amue-

blada y a sus padres, que se encontraban de pie a ambos lados de la mesa.

«Viven en esta casucha por pura necesidad —pensó Marcelle—, y siempre será así.»

«¿Siempre?» Se irguió, arqueando hacia atrás sus hombros.

«No conozco a nadie que mantenga el tipo tan orgulloosamente», se le ocurrió pensar a su madre.

A continuación la puerta se cerró. Los padres alcanzaron a oír los pasos de su hija sobre los peldaños de piedra, claramente al principio, luego desvaneciéndose.

Con la imaginación iban acompañando a Marcelle mientras bajaba siete tramos de escalera, ciento cuarenta peldaños; no había ascensor. A la altura del peldaño trigésimo segundo se oían las reprimendas de la señora Laval. Su marido, que estaba en paro, mataba el tiempo emborrachándose. Los malos olores de las cocinas impregnaban las paredes. Marcelle nunca había podido acostumbrarse a ellos.

Siguió bajando. Dos chicos se entretenían jugando en el último tramo.

—¡Hola, Marcelle! —gritó el más pequeño, alborozado.

—¡Hola, Achmed!

—¿Te vas de vacaciones? —dijo señalando hacia la maleta.

—Sí.

—¿Me enviarás una postal?

—Pues claro.

—¿De caballos?

—Lo recordaré —le prometió Marcelle. Tenía mucha simpatía por Achmed, un avisado chico argelino.

Los últimos pasos. Poco después ya estaba en la calle.

LA MADRE DE MARCELLE estaba de pie en la habitación de su hija; aquel meticuloso orden le produjo la punzada habi-

tual. Nunca se vio obligada a quejarse, como otras madres, de la dejadez de su hija. Marcelle siempre colocaba las cosas en su sitio. En su sentido del orden había algo casi maniaco, la forma en que cerraba todo con llave, como si todo debiera estar bajo control. Jamás dejó una blusa o los vaqueros tirados en cualquier sitio ni se quitaba los zapatos de una patada al aire. Incluso las paredes estaban desnudas, sin fotografías ni cuadros. Era como si nadie viviese allí, pensaba su madre.

Se sentó en la cama unos momentos; su mano, automáticamente, con delicadeza, acarició la manta azul. ¿No era extraño saber tan poco de su propia hija? Hubo un tiempo en que Marcelle era muy distinta, tan despreocupada y espontánea, incluso desordenada, hasta que...

Nuevamente sus ojos vagaron por la sobria habitación. «Como la celda de una cárcel», pensó de repente. Aquella idea la sobresaltó. Pero ¿qué la había movido a pensar tal cosa? «No; se parece más a una celda de monja», procuró tranquilizarse a sí misma. Eso es lo que era: una celda de monja, austera y ordenada. El lavabo la contemplaba fríamente; el grifo del lavabo estaba goteando. Marcelle había olvidado cerrarlo bien. No era propio de ella.

¿Acaso le había entristecido la partida, a pesar de todo? Se levantó y cerró bien el grifo.

Miró la habitación por última vez. Era como si Marcelle hubiese escondido sus sentimientos —reflexionaba— alimentando exclusivamente su intelecto con un torrente de libros. A su madre le había preocupado con frecuencia la manera en que Marcelle se sumergía en el estudio. Había aprobado los exámenes finales en el colegio un año antes de lo que le correspondía, pero a costa de sus sentimientos, guardándolos bajo llave, como si fueran juguetes viejos.

Suspiró al tiempo que sentía cierta culpabilidad por encontrarse en el cuarto de ella, como si estuviese espiando a su propia hija.

MARCELLE SE LAS ARREGLÓ para conseguir asiento en el tren. Colocó la maleta en la rejilla del equipaje y, a continuación, se sentó.

Hacía poco tiempo que habían dejado atrás París. Cuando el tren fue ganando velocidad, se relajó. Al fin.

Se apoyó sobre el cabecero, mientras miraba perezosamente a la señora de enfrente, que sacaba de su bolsa lana y agujas para hacer punto y se entregaba a la labor con entusiasmo. Su mirada se desvió instintivamente hacia las manos de la señora. Eran unas manos seguras, dignas de confianza, como las de su madre.

Manos...

Lo primero que percibía de una persona eran sus manos; se había convertido casi en una obsesión. Al menos, desde aquel domingo de septiembre, cinco años atrás.

LOS DOMINGOS, ELLA Y SU PADRE siempre salían juntos. Esto les permitía abandonar su triste barrio durante un par de horas. Algunas veces su madre los acompañaba, pero generalmente el excesivo cansancio se lo impedía. Durante toda la semana el trabajo en la tintorería era agotador, y prefería descansar el domingo.

Llegaron a un parque. El día era caluroso y soleado, aunque los amarillentos árboles con sus hojas trémulas ya sugerían la llegada del otoño. En el parque había un lago y su padre alquiló una barca. Precisamente durante este paseo en barca Marcelle descubrió algo en su padre. Nunca fue capaz de averiguar por qué no había notado aquello

antes, si bien tal vez fuera porque su padre lo disimulaba astutamente.

Su padre remaba con un chapoteo rítmico en el lago. Momentos apacibles: Marcelle disfrutaba con los reflejos del agua, sobre cuya superficie dejaba resbalar su mano de cuando en cuando; las nubes bogaban por el cielo y además contaba con la presencia entrañable de su padre. Conocía tan bien su cara y, no obstante, era como si estuviera mirándole por primera vez. Ya no era un hombre joven; de hecho, era mucho más viejo que los padres de sus compañeras de colegio. ¿Qué edad tenía? Cincuenta y dos años, quizá cincuenta y tres; Marcelle no estaba segura.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Cincuenta y dos. ¿Y tú?

—¡Si ya lo sabes!

Él se rió.

—¡Cómo no iba a saberlo! Estaba allí cuando tú naciste, un domingo. Aquél fue el domingo más feliz de mi vida, y aún hoy el domingo continúa siendo para mí el día más feliz de la semana.

—¿De veras me quieres tanto?

—Sí, muchísimo.

Intercambiaron miradas, mientras un cálido sentimiento de seguridad recorría el interior de Marcelle. Por supuesto que sabía que su padre la amaba; nunca lo había puesto en duda.

—¿Me dejas remar?

—De acuerdo.

Intercambiaron el asiento. Cuando la barca empezó a avanzar de nuevo lentamente, su padre sacó el termo con batido de chocolate que su madre les preparaba siempre. Fue entonces cuando se dio cuenta de una cosa extraña. Su padre, para desenroscar la tapadera del termo, no utilizaba la mano entera, sino sólo tres dedos. Aquello la sorprendió sobremanera, por ser la primera vez que lo notaba.

—Oye, ¿puedo verte la mano? —preguntó, soltando los remos.

Pero su padre retiró la mano instintivamente. Semejante reacción la dejó perpleja. Sólo más adelante comprendería que el gesto de su padre iba encaminado a ahorrarle a ella preocupaciones.

—¿Qué le ocurre a tu mano?

No hubo respuesta. Él evitó la mirada de Marcelle y colocó su mano izquierda sobre la derecha, como tratando de esconder algo. Entonces la temperatura experimentó un cambio brusco. Un viento repentino, como surgido de la nada, empezó a soplar. La barca se tambaleaba de tal modo que Marcelle tuvo que agarrarse a los laterales. El agua, que tan sólo unos pocos minutos antes rebosaba de destellos, se volvió fría y oscura. Un no sé qué amenazador se había colado sigilosamente en la tarde. A pesar de todo, Marcelle perseveró. Tomó las manos de su padre para ponerlas sobre sus propias rodillas. Fue entonces cuando lo vio claramente: ¡los dos últimos dedos de la mano derecha estaban rígidos!

—¿Por qué están así?

Nuevamente su padre fue retirando la mano muy despacio, compungido el rostro, la mirada melancólica. «La claridad del domingo ya no brilla en sus ojos», siempre recordaría Marcelle que fue esto lo que pensó.

Esperó largo rato a que su padre contestara a su pregunta y, cuando por fin lo hizo, su voz parecía venir de muy lejos:

—Porque... —sacudió su cabeza con desesperación—, porque... en realidad no sé cómo explicártelo. Es una historia larga y complicada —suspiró—. Hubiera preferido ocultarte la historia unos cuantos años más.

Marcelle se sentó junto a su padre, esperando con inquietud. Él nunca le había hablado de aquella forma anteriormente; sabía muy bien que se avecinaba algo terrible.

—Podría inventar fácilmente cualquier justificación; por ejemplo, que me rompí los dedos en un accidente, pero eso sería una mentira —vaciló unos instantes—. Ya te he dicho que es una historia larga y compleja. Sucedió hace mucho tiempo, cuando yo tenía diecinueve años, justo después de la guerra. Por aquel entonces vivía en un pueblo del sur. Alguien..., alguien del pueblo fue asesinado, el guardabosque, en la gran finca de Bidernais. Éste ofreció una recompensa a quien encontrara al asesino. Pero no encontraron a un asesino sólo, sino a tres —su padre hundió la cara en el hueco de las manos—. Tres —susurró con voz áspera.

Marcelle se inclinó hacia adelante. No comprendía bien.

—¿Tres? Entonces, ¿atraparon a los asesinos?

Su padre, abatido, negó con un gesto. A continuación, la miró fijamente.

—¿Atraparlos? ¿No lo entiendes? Yo era uno de los asesinos; de hecho, el sospechoso número uno, porque al guardabosque lo asesinaron de un tiro disparado con mi escopeta de caza.

Al principio Marcelle se quedó muda de consternación. Transcurrieron unos momentos antes de que disminuyera el horror producido por aquellas palabras.

—Pero... pero... ¿fuiste tú... quien...? —Marcelle tartamudeaba.

—No, cariño, no fui yo. Además, estoy seguro de que Hubert y Antoine (así se llamaban los otros dos) tampoco tenían nada que ver en el asunto. Pero el hecho es que todos los indicios nos señalaban como culpables, todos sin excepción.

—Y... y lo de tu mano. ¿Qué te pasó en la mano?

—Ya te he dicho... que no... no sé cómo explicártelo. También me cogió desprevenido —dijo su padre en tono vacilante—. Fuimos arrestados e interrogados en un edificio del centro del pueblo, justo frente a la escuela. Había dos policías, uno de ellos llamado Butard. Era el peor. Butard

había desempeñado un papel importante en la Resistencia y sabía cómo hacer hablar a la gente. Sin entrar en detalles, después de que has sido maltratado durante unos días, eres capaz de confesar lo que sea. Cualquier cosa.

—¿Maltratado? —repitió Marcelle con dificultad.

—Butard conocía todos los medios para quebrar la resistencia de las personas. Resistimos durante cinco días; después, y únicamente para que nos dejaran tranquilos, admitimos todo cuanto les dio la gana. Al final, firmamos.

—¿Y luego?

—Luego fuimos juzgados y sentenciados. A mí me condenaron a diez años, pero me dejaron en libertad a los nueve por buena conducta —terminó la frase con un deje sarcástico.

A medida que escuchaba a su padre, Marcelle se iba poniendo más y más nerviosa; la conmoción producida por aquellas palabras la había paralizado. Su padre..., crimen, maltratado, condena a prisión..., todos aquellos conceptos eran ajenos a su hasta ahora mimada existencia.

—Pero... ¿por qué nunca...? O sea..., dices que tú no lo hiciste. Es cierto, ¿no?

Marcelle lanzó a su padre una mirada entre angustiada y escéptica.

—Soy inocente, puedes estar segura de eso.

—Entonces... ¿Por qué...? No me lo explico... ¿Por qué no te defendiste o hiciste algo? Casi seguro que...

Su padre movió la cabeza con un gesto de resignación.

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Nada en absoluto! Todo estaba en contra nuestra; no había modo de probar nuestra inocencia. No quedó más remedio que sentarnos y esperar.

—¿Recibieron los otros dos la misma pena?

El padre de Marcelle no respondió enseguida.

—Antoine y Hubert, al ser considerados cómplices, tuvieron condenas más cortas. Aun así, Hubert no pudo resistirlo y se suicidó tras dos años de cárcel.

—¿Y tus padres? ¿No hicieron nada?

De repente, al formular aquella pregunta, Marcelle cayó en la cuenta de que sabía poquísimo de sus abuelos; ni siquiera llegó a conocerlos.

Su padre se encogió de hombros.

—¿Qué puedes hacer cuando eres más pobre que un ratón de biblioteca? Mi padre era un humilde granjero a quien Bidernais había arrendado una tierra. Bidernais tenía muchos arrendatarios. La tierra no daba lo suficiente para vivir y, además, estaba retrasado en el pago de la renta. Poco después de que me enviaran a la cárcel, Bidernais echó a mis padres, haciendo lo mismo con las familias de los otros dos condenados. Al menos tuvo la decencia de perdonarles la deuda; pero, de todos modos, aquellas desgraciadas familias se quedaron en la calle, sin nada. Yo estaba en la cárcel de Lyon y mis padres también se fueron a vivir allí. Mi padre consiguió trabajo en una fábrica, pero no fue capaz de conservarlo mucho tiempo; era perjudicial para sus pulmones y al poco tiempo murió. Mi madre, mal que bien, se ganó la vida como costurera. Cuando por fin salí de la cárcel, nos trasladamos los dos a París y allí vivimos juntos hasta que al cabo de tres años ella también murió. Aquellos años fueron una especie de compensación.

Marcelle tragó saliva. Tenía la garganta seca como un pergamino y parecía que se le hubiesen marchitado las entrañas. El padre se inclinó hacia la hija, apesadumbrado.

—Tal vez no debería haberte contado todo esto; eres aún tan joven... Aunque tarde o temprano lo habrías descubierto.

—Y los demás, ¿lo sabe alguien?

—No muchos. Tu madre, claro, y su familia. Mi jefe. Sí, lo sabe perfectamente.

—¿Y te cree? —preguntó la muchacha. Él esquivó la mirada de Marcelle; después abrió de nuevo la tapa del termo. ¡Cómo había estado tan ciega! ¡Cómo no había notado antes lo de la mano!

—¿Te cree? —insistió.

Su padre se encogió de hombros.

—No puedes leer los pensamientos de otro. En cualquier caso, ya llevo nueve años trabajando con él y antes nunca me había durado tanto un puesto. ¿Un poco más de batido de chocolate, Marcelle?

—No.

Su padre cerró bien la tapa y echó un vistazo al reloj.

—Es hora de regresar al embarcadero. Nos hemos retrasado.

Muy lentamente, Marcelle agarró los remos, dos veces más pesados que antes. Entonces su padre le colocó la mano izquierda sobre una rodilla y preguntó con urgencia:

—Tú sí que me crees, ¿verdad?

—Pues claro.

Al responder, no miró a su padre. Marcelle se sintió madurar bruscamente, como si hubiera dado un salto enorme, no hacia adelante sino en profundidad, por un pozo de confusión e inseguridad.

2

DESDE aquel momento cambiaron muchas cosas en la vida de Marcelle. Todos los días su padre iba a la oficina, su madre a la tintorería y ella al colegio. La diferencia fue que comenzó a ver las cosas con ojos distintos. Por primera vez se dio cuenta de ciertos detalles; por ejemplo, las secretas miradas que los familiares de su madre se cruzaban siempre que alguien hacía referencia al pasado de su padre y, también, la forma en que pretendían encubrirlo.

Marcelle llegó incluso a mirar a sus padres desde otra perspectiva. Apenas tenían amigos y la relación con los vecinos era mínima.

Siempre se mantenían a distancia. Por otro lado, su padre hacía horas extras en la oficina. Cuando Marcelle preguntaba el motivo, él murmuraba de mala gana: «Hay muchos compañeros enfermos y el trabajo se va acumulando». Descubrió que su padre jamás había recibido un aumento de sueldo, ni un ascenso.

Con el tiempo, Marcelle empezó a hervir de rabia. Toda la vida de sus padres le parecía una espantosa mentira, una mentira que los ahogaba, porque su padre había sido incapaz de demostrar que era inocente; esto le impuso una obligada conformidad, el ser buenecito y tragarse la humillación.

—He aprendido a convivir con ello —intentó explicarle una vez—. Cuando me dejaron en libertad, tuve que reanudar mi vida sin mirar atrás. No quería estropear el resto de

mi vida por culpa del resentimiento. Al fin era libre y empecé de nuevo.

—¡Cómo libre! —Marcelle exclamó furiosa—. ¡Nunca has sido libre y nunca lo serás! ¿No comprendes que te condenaron para toda la vida?

—Sé que soy inocente. Eso me basta.

—¡No, no basta! —gritó con lágrimas en los ojos.

El padre acarició entonces el pelo de su hija con la mano *dañada*, como ella decía. Aunque de esta forma pretendía consolarla, sólo consiguió encender más su rebeldía. No, no bastaba. Marcelle llegó incluso a sentirse prisionera. Todas y cada una de las humillaciones sufridas por su padre: su empleo de mala muerte, las horas extras exigidas sin remuneración, el que también su madre se viera obligada a trabajar para salir adelante, todo aquello se convirtió para Marcelle en las rejas invisibles tras las cuales vivían. Ella misma se volvió más introvertida, procurando mantener una relación superficial con los compañeros del colegio y evitando amigos íntimos. No obstante, se dedicó a los estudios con verdadero ahínco. Quería terminar en el colegio cuanto antes para llegar a la universidad y estudiar derecho. A veces incluso se le escapaban en voz alta sus intenciones.

Mientras tanto, empecinadamente, siguió ahondando y haciendo preguntas sobre el pasado de su padre, en particular sobre aquel día fatídico, 31 de diciembre, y también respecto al pueblo de Brac, grabado como un mapa en su recuerdo. Podía evocar nítidamente la plaza con su fuente donde a chorros manaba el agua por las bocas de unos peces de piedra, la pequeña escuela y, frente a ésta, el edificio de ocho habitaciones utilizado como alcaldía. Allí habían interrogado a su padre. Se lo sabía perfectamente.

Sus padres empezaron a molestarse por tanta pregunta, por su manía de hurgar, incluso en los mínimos detalles referentes a Brac, a sus habitantes y al Barranco del Lobo, el siniestro lugar donde fue hallado el cadáver del guardabos-